

Así, querido amigo, habría yo escrito este episodio si tuviera la pluma de don Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtehuánetzin.

Pergaminos y duros

Enrique Gómez Carrillo

Fragmento del libro del escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, *Treinta años de mi vida*, 1918.

La mezcla de timidez y de osadía, de travesura loca y de sensibilidad casi enfermiza que había en mi temperamento, nadie la notaba, salvo mi madre, que, de un modo confuso, con el instinto más que con la razón, atribuía mi carácter afectuoso, mis fervores precoces, mi suavidad risueña, a virtudes profundas heredadas de ella, y achacaba mis violencias y mis caprichos a la influencia de las malas compañías y a la educación que mi padre me daba, mimándome con exceso. Algunas mañanas, cuando yo iba a despertarla y me arrodillaba ante su cama para acariciar sus largas manos aristocráticas, mirábame tristemente y trataba de demostrarme que todas mis desgracias me venían de la debilidad de mi señor papá... Porque a los trece años yo tenía ya una historia lamentable, un renombre peligroso y un porvenir comprometido... Me habían echado de tres colegios por faltas graves contra la disciplina... Me habían prohibido que entrara en la casa de mis primos porque les daba mal ejemplo... Me habían roto más de una vez la cabeza... Y hasta me habían llevado, una noche, en compañía de otros chicos endemoniados, a la comisaría.

—Todo eso te pasa porque no quieres estudiar...

Yo contestaba:

—Mamaíta de mi alma: pero si mi pobre papá se ha pasado la vida estudiando y apenas tiene con qué vivir...

Y era exacto. Mi padre, que consagró toda su larga existencia a la gramática, a la filosofía, a la historia, a la jurisprudencia, tuvo que luchar contra infinitas dificultades materiales. Sin energía, sin ambiciones, soñando siempre un sueño algo vago de bienaventuranza tranquila, olvidábase de lo positivo para consagrarse a presidir academias, a dirigir revistas, a escribir obras graves. Los anales de la colonia no tenían para él misterios. Don Pedro de Alvarado era su amigo más íntimo, y Bernal Díaz del Castillo le confiaba sus secretos. Mas cuando llegaba el fin del mes, nunca sus sueldos bastaban para pagar las cuentas de la casa. Notando los apuros de mi hogar, yo los atribuía a una especie de maldición que debía pesar sobre los hombres incautos que se consagran a la sabiduría. Todas



Entre mis parientes, los que tenían fortuna eran los que no sabían nada, los que se reían de las letras cual de una chifladura. Entre mis amiguitos, los más ricos eran hijos de comerciantes. Y así, poco a poco, acabé por decirme que el único camino seguro para llegar a la riqueza era el del comercio.

las piezas del proceso ideológico que mi cabeza instruía contra el estudio, contribuían a fortificar mi odio contra los libros. Entre mis parientes, los que tenían fortuna eran los que no sabían nada, los que se reían de las letras cual de una chifladura. Entre mis amiguitos, los más ricos eran hijos de comerciantes. Y así, poco a poco, acabé por decirme que el único camino seguro para llegar a la riqueza era el del comercio. Sólo que, ¿cómo hablar de eso a mi padre, que llamaba horteras a los dueños de las mejores tiendas de la calle Real, y que no perdía oportunidad de sacar a relucir su noble abolengo castellano? Un Carrillo de Albornoz, según él, no podía ser sino capitán en Flandes, canónigo en Toledo o académico en Madrid. ¡Lo que aquel ingenuo orgullo nos costó de pobreza, de disputas y de humillaciones...! Mi madre, aunque también de ilustre abolengo, decía:

—Agustín, nota que tienes hijos y que con tus pergaminos no has de darles de comer... Si quisieras dejar de ser conservador y acercarte al partido liberal, podrías llegar a ministro... ¿Qué te dan a ti esos viejos marqueses por los cuales te comprometes...?

—Mi padre, muy suave, contestaba:

—Ten paciencia mujer... Las cosas han de cambiar un día u otro... La gente de orden ha de recobrar el poder... Y entonces ya verás lo que esos marqueses, como tú dices, me ofrecerán...

—Entretanto...

—Entretanto, ya lo ves, vamos viviendo con decencia, sin pedirle nada a nadie. No sólo de pan vive el hombre... ¿Preferirías, acaso, ser la esposa de uno de esos jacobinos que se han enriquecido usurpando los bienes de la iglesia, a llevar mi nombre...?

—No se trata de eso... Lo que me apena es ver que nunca salimos de nuestros apuros... que nunca llegamos al fin del mes sin pedir fiado...

—Con trabajar un poco más...

—¡Si trabajas muchísimo...! Lo que sucede es que trabajas sin fruto en un país que no necesita literatos, sino agricultores, comerciantes... ¡Si yo hubiera sido hombre...!

—Habrías hecho como yo... No te calumnies... Eres la más santa de las mujeres... ¿Te sientes acaso desgraciada...?

—No... me siento inquieta... me siento atormentada... Tenemos tres hijos, Agustín...

—Mira, Josefina: ahora justamente, creo que el nuevo tomo de mi historia colonial va a ser un gran negocio... De todas partes me lo piden...

—¡Las eternas ilusiones...!

Mi buen papá, en efecto, vivió siempre de quimeras. Feliz en su pobreza, supo, hasta el último día de su existencia, desdeñar las riquezas con un estoicismo risueño. Como no tenía más vicio que el de soñar y el de estudiar, no notó nunca lo necesario que es el dinero. Cuando cobraba sus sueldos, los llevaba a casa, sin desdoblar siquiera los billetes que recibía, y luego, si alguna vez tenía necesidad de un duro para hacer una limosna, se lo pedía a la cocinera. En su admirable optimismo, jamás quiso abrir los ojos ante ningún espectáculo desagradable. Todo el mundo parecía muy bueno. A todas horas sonreía finamente, engalanando lo que tocaba con flores de exquisita erudición. A los mismos jacobinos, sus enemigos, encon-

trábles excusas en la historia de Atenas, y cuando les hablaba trataba de convencerlos de que, andando el tiempo, ellos también llegarían a convertirse en una aristocracia conservadora para defender sus conquistas contra los nuevos aluviones sociales. Y tal era su prestigio de pureza, tan grande era su encanto personal, que en un país dominado por los odios mezquinos, por las envidias pequeñas, por los rencores de clases, todos lo respetaban y lo querían, sin atreverse siquiera a contradecirlo cuando predicaba contra las nuevas costumbres y las nuevas ideas.

—Si fuera un poco más práctico —murmuraba mi madre—, sería el hombre perfecto.

En el fondo ella también tenía un gran orgullo de su situación especial, de su nombre que era símbolo de modestia altiva, del desinterés absoluto que todos la reconocían; y hasta estoy seguro de que si un hada le hubiese preguntado si quería que su esposo se convirtiera de pronto en comerciante para enriquecerse, habría contestado que no. Adorándolo ciegamente, no se quejaba, en realidad, de la falta de dinero, sino por sus hijos, a quienes hubiera deseado educar como príncipes. Pero ni este mismo amor la llevó a reprochar a mi padre el único engaño de que la hizo víctima, y del cual ella me habló más tarde, llorando de ternura.

—¿Te acuerdas —me dijo un día—, te acuerdas de aquellos tiempos difíciles en los cuales apenas teníamos en casa lo indispensable para vivir...?, tu papaíto entonces hubiera sido capaz de no mudarse de traje en un año, de no fumar nunca, de no escribir siquiera una carta, por no disminuir los recursos del hogar. Mas en cambio encontraba muy natural que sus hijos se privasen un poco, para que los hijos de su hermano Salvador, que se habían quedado huérfanos en el Perú, no se murieran de hambre. En secreto, cada mes empleaba el sueldo de una de sus colaboraciones en comprar un giro de treinta duros para sus sobrinitos. Yo lo sabía. Nunca me di por enterada, sin embargo, hasta que un día averigüé que su colaboración destinada a la caridad no le había sido pagada. Restar treinta duros de nuestro presupuesto era desequilibrarlo por completo. No obstante, al recibir el dinero, le dije: “Agustín, este mes quiero que te guardes ciento cincuenta pesetas para comprarte cositas que te hacen falta. Yo me arreglaré con lo que queda.” El pobre comprendió y se echó a llorar abrazándome. Luego me preguntó: “¿Crees que hago mal en quitarles algo a nuestros hijos para ayudar a los de Salvador?” “Haces muy bien”, le contesté. Él se puso serio, y después de meditar un largo rato, exclamó: “Te juro que voy a tratar de ganar mucho... Por ustedes haría yo cualquier cosa, menos robar.” En seguida, muy triste, muy triste, me dijo como un niño que confiara su más grave pecado: “Lo malo, Josefina, es que yo no sé dónde puede un hombre honrado sacar dinero...”

Esta ignorancia, mi buen papaíto la conservó hasta el fin de sus días. Lo que él ganaba, era casi a su pesar, y hasta puedo decir, seguro de que su sombra me aprobará con una sonrisa suave, que casi era de limosna. Sus amigos poderosos, grandes admiradores de su pureza, de su hidalguía, de su talento, de su erudición, obtenían para él cátedras, comisiones de archivos, encargos de memorias oficiales, puestos públicos, relativamente alejados de la política. Él lo

Y tal era su prestigio de pureza, tan grande era su encanto personal, que en un país dominado por los odios mezquinos, por las envidias pequeñas, por los rencores de clases, todos lo respetaban y lo querían, sin atreverse siquiera a contradecirlo cuando predicaba contra las nuevas costumbres y las nuevas ideas.



Él lo aceptaba todo, no como un regalo, sino como un deber, trabajando doce horas diarias sin cansarse, feliz de no salir de la esfera de sus estudios, orgulloso de su fecundidad, contento de su suerte humilde.

aceptaba todo, no como un regalo, sino como un deber, trabajando doce horas diarias sin cansarse, feliz de no salir de la esfera de sus estudios, orgulloso de su fecundidad, contento de su suerte humilde.

—Ya ves que no hay nada mejor que las letras —decía, lleno de júbilo, cuando, en ciertos meses pingües, podía entregar a su esposa algunas mil pesetas.

*

En un momento de crisis municipal, después de una época de desfalcos que habían dejado exhaustas las arcas de la ciudad, el pueblo, que buscaba un hombre honrado, escogiólo como alcalde.

—No me extraña —le dijo mi madre—. En todo el país no hay más que un puesto sin sueldo, y ése es el que te dan a ti...

—¡Pero el honor, mujer...! Y además, se trata de salvar al pueblo de la miseria...

Para salvar al pueblo, el municipio había decidido emitir unas minúsculas cédulas fiduciarias de 25 y 50 centavos, que debían llevar, como garantía, la firma del alcalde. Mi padre empleó semanas y semanas en poner su nombre en aquella infinidad de papelitos, que tuvieron un éxito inmenso y que conjuraron el conflicto de la "plata menuda". ¡Lo orgullosa que estaba toda mi familia! Hasta mis tíos ricos, que antes nos desdeñaban por pobres, llegaron a buscarnos para poder tener palcos en el teatro y entrada en el hipódromo. Ser parientes del señor burgomaestre, tenía su importancia, hace treinta años, en Guatemala. ¡Y era tan decorativo, era tan popular el nuevo preboste...! Con sus grandes bigotes rubios y sus ojos azules e infantiles, con su levita negra, siempre abotonada militarmente, con su chistera de amplios bordes y con su bastón de mando, cuyas borlas negras hacían resaltar el oro del puño, aquel señor parecía, al presidir los cortejos populares, un personaje de Van Eyck o de Van der Weiden, a la cabeza de un desfile de comuneros.

Pero, ¡ay!, la aventura municipal acabó de una manera lamentable y grotesca. Cuando la casa de la moneda hubo terminado la acuñación de las nuevas piezas de plata, fue preciso recoger los doscientos mil pesos de cédulas.

—Las que se han destruido o perdido —pensaba mi padre— dejarán un beneficio al municipio. Yo calculo que siempre habrá unos veinte mil pesos menos en papelitos... Hemos hecho un buen negocio...

¡Cual no fue su asombro al ver que, por el contrario, las cédulas se habían multiplicado de un modo milagroso! En vez de doscientos mil duros, se encontraron trescientos mil. Y todos llevaban la firma del señor alcalde... todos estaban sellados con el mismo sello... todos estaban grabados en la misma piedra... En su inocencia incurable, mi padre no quería dar crédito a la noticia, y exigía una revisión de los malditos papelillos. El tesorero municipal, hombre práctico y escéptico, contestábale:

—No vale la pena, don Agustín... Hemos contado bien... hemos examinado todo en el laboratorio... Los falsificadores han sido muy hábiles. Es preciso reconocer la deuda...



—Pero mi firma, ¿cómo han podido hacer mi firma? Yo he visto las cédulas que usted considera falsas, y le aseguro que están firmadas por mí.

—No, señor... La firma es la misma, pero la tinta no lo es... Las falsas llevan su nombre litografiado... No hay nada tan fácil...

—En ese caso no me queda más que un recurso...

—¿Cuál, señor alcalde...?

—Pagar de mi bolsillo los cien mil duros que sobran.

La vaciedad del bolsillo de mi pobre padre era tan conocida cual la rectitud de su alma.

—No piense usted en eso —exclamó el tesorero—. Ya el Concejo, en su junta de esta mañana, ha votado una orden del día rindiendo homenaje a su honradez y pidiendo al Estado que le permita reconocer el aumento de la deuda.

—No... no... yo no puedo consentir... Puesto que el responsable soy yo, yo pagaré... venderé mi biblioteca, hipotecaré mi propiedad literaria... No sé lo que haré... Pero pagaré...

Y tanto insistió, que fue necesario que el municipio y el gobierno tomaran cartas en el asunto, para convencerlo de que un alcalde no es responsable del papel moneda que emite una tesorería municipal.

—Puesto que usted no ha manejado nunca esos fondos —decíale el ministro de Hacienda—, ¿qué culpa puede caberle en el asunto...? Es como si yo tuviera que pagar los billetes nacionales que se falsifican.

—Me inclino ante la voluntad de todos —acabó por decir.

Pero todavía veinte años después, cuando hablaba de la aventura, solía murmurar:

—No cien mil, sino quinientos mil habría dado yo para salvar mi honor.

A lo cual mi madre, tiernamente, contestaba:

—Ya se conoce que no has visto nunca juntos más de mil duros...

Plebeyos y patricios

Lawrence Stone

Fragmento de la reseña al libro *An Ungovernable People: The English and Their Law in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, editado por John Brewer y John Hyles, Rutgers University Press, 1980. Se publicó en el número correspondiente al 29 de mayo de 1980 de *The New York Review of Books*. Traducción de Antonio Saborit.

Hará un cuarto de siglo que muchos historiadores decidieron que había llegado el momento de estudiar a mucha más población que el